

y el temblor trágico, con algo quevedesco en sus narraciones. A veces, también, la poesía tonal e ingenua de regusto popular, como en su "cuento al estilo viejo": *Se ha perdido una niña*.

Ha veces, ha encarado el cuento largo, feroz y candoroso, unido apenas a la civilización por la intención del narrador: *Los sangurimas*.

Su único intento de novela: *Los monos enloquecidos*, nunca pasó de esbozo; su morosidad de hombre de actos rápidos, primero, su muerte después, nos han dejado tan sólo los primeros capítulos. Alguna vez, él mismo, ante la solicitud de sus amigos, negó su capacidad para la obra de aliento, aduciendo socarronamente su impulso rápido y corto, "como el gallo".

J. F.

UNA TRAGEDIA AMERICANA en el cine.

(Título en castellano: AMBICIONES QUE MATAN).

¿Será posible esperar un cambio en el cine norteamericano?

La cuestión, además de incidir violentamente en el hontanar del alma de millones de cineastas, es actual y de permanente urgencia. El cine, y en especial el norteamericano, además de sintomatizar una posición espiritual algo más que difundida, al menos en la cultura de occidente, es proporcionalmente, factor de propagación de un modo de vida bien caracterizado.

Esa papilla dosificada: sensaciones y técnica de primer grado, desde el suspenso y el bombardeo hasta las revistas musicales, con inteligencia y espíritu de tercer grado y alma inexistente, más suave idealismo materialista, ha estado produciendo, al mismo tiempo, el *Zoo de cristal* y *Muerte en un beso*, *Una tragedia americana* y *Juana de Arco*.

La aparición simultánea de esos dos tipos de película, ¿significa una reacción contra la idea de que el arte es un sucedáneo pullman de la vida? ¿O un vasto intento de defender el mercado "intelectual", en tanto se conserva los habituales comedores de alimentos envasados?

El clima normal de Hollywood parecería indicar la probabilidad de esa segunda dirección. Películas como *Juana de Arco*, parecieran ser la respuesta: —Un tema "altamente idealista", tratado como una fábula para niños de seis años con aptitudes sensuales de adultos. De la historia y de la leyenda de Juana, no han quedado ni la verdad, ni la dureza, ni la hermosura. Es el producto típico que deberíamos esperar de un medio que se propusiera, sin perder y sin aprender nada, realizar "arte": El engaño, la burda falsificación. El otro resultado, si se pretendiera encarar seriamente el arte y la vida, en aquel medio filisteo, debería ser el ridículo.

Decimos, debería ser. Y, sin embargo, no es así. Una industria que crea *El Inspector General*, y que únicamente lograba producciones de cierta nobleza con el fracaso de algunos talentos aislados, una vez en mil, como en el Ford de *Vías de ira*, ahora, como industria, parece capaz de darnos *El luchador* y *El triunfador*, firmes y duras; *Siempre amanece otra vez*, donde casi no suceden las concesiones que pretendan adular la melancólica frustración del *Zoo de Cristal*, y *Una tragedia americana*, en la que lo único deplorable es la traducción argentina del título.

Es ilógico, y agradablemente inexplicable: El lento, casi pesado realismo de Dreiser, pesimista y terrero, con su concepción material y mística de la culpa, está entregado morosamente, sin evitar siquiera el peligro del aburrimiento del espectador, salvo algún minuto en que se recurre al baratismo del suspenso o de la violencia antipática. Allí, en la "plateada pantalla", está Dreiser, sin héroes ni villanos, con su mundo de ambiciones y de pobreza fea; el mismo Dreiser de *El financiero*, cínica y deliberadamente antisentimental.

No podemos recomendar "ir a verla". Probablemente no guste ni es de creer que haya llegado el tiempo del espectador para este cine. Pero como es de esperar que llegue, ya que el cine ha podido crear, en el aspecto inverso, su propio público, y no hay razón para suponer que haya perdido esa fuerza; como el cine excede el deseo y el poder individual, para ser una expresión y un molde de multitud; un poco escépticos, y alborozados, nos interrogamos: ¿Qué sucede con el cine yanqui?

I. V.

ANUARIO de *Art News*.

Este anuario de The Art Foundation, 18º tomo publicado por *Art News*, está dedicado exclusivamente al arte de América. Los anteriores tomos de la revista habían estudiado las grandes colecciones públicas de Estados Unidos: El Museo Metropolitano de Arte de New York, la Galería Nacional de Arte de Washington, la Colección Gardner de Boston. Este anuario, el primero con un solo tema, es también el primero cuya base se ha formado con las piezas de una colección privada.

El texto inglés, ilustrado con reproducciones en todas las páginas, va acompañado de un apéndice suelto en castellano.

El plan es simple y amplio. Trata de mostrar el panorama del arte de las tres Américas, desde sus orígenes indios arcaicos hasta nuestros días, como un vasto tejido, primero homogéneo, en la época que lleva desde el año 300 A.C. hasta el período precolombiano, con las monumentales culturas de los grandes imperios, y las culturas menores de las tribus pastoriles, más o menos ligadas con aquéllos; luego desintegrado con la doble conquista inglesa e ibera, y finalmente recompuesto poco a poco, a partir de la unificación casi puramente intelectual impuesta por el romanticismo, hasta llegar al momento actual, en que el arte de América parece surgir como un todo integral, "como un panorama único", con contrastes no más marcados que sus paralelismos.

Subráyase la tesis de que "no obstante la diversidad étnica y las diferencias de época, una misma corriente fluye desde el pasado más nebuloso hasta el presente. Las máscaras totonecas renacen en la personificación de la moderna deidad del petróleo, de Siquieros; la visión del Nuevo México del siglo veinte, por John Marín, refinada en el Código de Cézanne, se aproxima más a los criptogramas de los Sioux que a nada salido de París".

Luego se establecen tablas cronológicas, con rápidos resúmenes, a contar del año 300 A.C., marcando el desarrollo de las culturas indígenas en México y Centro América, Sud y Norte América; los tres imperios mayas, las civilizaciones chavin, tiahuanaco, gallinazo, Nuzca, Paracas, Mochica, Chimú, Azteca e Inca, las pinturas gótico-indígenas del Cuzco, el barroquismo mexicano del mil seiscientos, la pintura quiteña, los pintores anónimos de nueva Inglaterra, el gran arte Rococó de Minas Gerais, el clasisismo virginiano, el romanticismo con sus diversas etapas y ramificaciones radiales: Goticismo bostoniano, naturalismo, folklorismo mexicano, y argentino, realismo cientificista, el experimento de los "Diez" en E.E.U.U.; luego el impresionismo como expresión de la doble influencia de la creciente complejidad del mundo americano y de la cultura europea, no ya como un discipulazgo, sino como una asimilación. Y a partir de ahí, las escuelas contemporáneas: el realismo ("La escuela del tacho de basura"; Henri, Slogan, Luks, Dreiser, Sinclair Lewis), la escuela revolucionaria mexicana, cubismo, abstraccionismo; Malfatti y Portinari en Brasil; Fígari y T. García en Uruguay; Demuth, Dickinson y Sheeler en E.E.U.U.; los movimientos de pintura social, etc.